

## Observaciones sobre líneas de evolución de la inflexión verbal en asturiano

CURTIS BLAYLOCK  
UNIVERSIDAD D'ILLINOIS

En el siglo pasado y hasta bien entrado éste la lingüística descriptiva utilizaba una clasificación tipológica para caracterizar los idiomas del mundo. Se hablaba generalmente de cuatro grandes tipos principales: las lenguas aislantes (como los miembros de la familia sinotibetana), que solían expresar cada elemento semántico —incluyendo los gramaticales— por medio de unidades léxicas aisladas; las polisintéticas (como muchas lenguas amerindias), las aglutinantes (como el quechua o el japonés), y las inflexionantes (como el griego clásico o el latín).

El latín indicaba gran parte de las relaciones gramaticales entre los componentes de la oración por medio de una rica inflexión, tanto en el sistema nominal (que incluía los sustantivos, los adjetivos y los pronombres) como en el verbal. Las lenguas románicas descendientes del latín han eliminado gran parte de la inflexión nominal. En la Edad Media el galorrománico todavía conservaba vestigios de la inflexión para caso en los sustantivos, pero hoy en día hay apenas unos restos en el rumano. Los dialectos asturianos como los demás hispánicos y los románicos en general, con la excepción ya citada del rumano, conservan distinciones de caso gramatical sólo en los pronombres.

La inflexión verbal, en cambio, se ha mantenido muy fiel al patrón latino. Claro, se han introducido muchas innovaciones, pero no se ha alterado tan extensamente la estructura básica. Los para-

digmas modernos siguen exhibiendo un paralelismo notable con los antiguos. Todos los dialectos románicos han simplificado de una manera u otra la riqueza de variedad conjugacional del latín, pero los dialectos hispanos (con la excepción del catalán, que en muchos aspectos se agrupa más lógicamente con el occitanico y hasta con el francés y el retorromance) optaron por una misma medida, la eliminación de la antigua tercera conjugación, que se caracterizaba por sus formas esdrújulas en el infinitivo y en la primera y segunda personas del presente de indicativo. Esto tuvo como consecuencia la reclasificación de todos aquellos verbos y su nueva identificación o con la segunda o la cuarta conjugación. En el este hubo una preferencia por la cuarta, y en el occidente una tendencia a favorecer la segunda. Así pues, el aragonés exhibe *collir* donde el bable tienen *coyer*, paralelo al portugués *colher*. El castellano vacila entre las dos soluciones, ofreciendo a veces dos formas de un mismo verbo, como en el caso de *cerner* / *cernir*. En general, el asturiano concuerda con el castellano en la selección, aunque hay notables excepciones.

El habla de Llena ofrece tres casos donde un infinitivo en *-ir* tiene su correspondiente castellano en *-er*: *tresvirtir*, *tusir* y *valir* (Neira Martínez 1955:55). El primer caso ejemplifica un fenómeno bien conocido de la gramática histórica castellana, la creación de derivados eruditos o semieruditos en *-ir* a base de verbos primi-

tivos populares en *-er*. Del primitivo *correr* se ha formado el verbo popular *socorrer*, pero al lado del verbo relativamente concreto *recorrer* tenemos un más abstracto *recurrir*. *Transverter* en castellano es bastante excepcional si se compara con *controvertir*, *convertir*, *divertir*, *invertir*, *subvertir*. El número de derivados en *-ir* es tan grande que el verbo primitivo en algunos dialectos ha llegado a comportarse como un verbo de la tercera conjugación castellana. Para la tercera persona singular del perfecto ningún mexicano diría *vertió*, y algunos de los mejores escritores escriben *virtió*. En el caso del bable *tusir* frente al castellano *toser* se trata de un verbo que ya en latín pertenecía a la conjugación en *-ī-*, de manera que aquí el asturiano no ha hecho más que conservar, con todos los demás dialectos románicos, incluyendo el portugués, la forma latina, mientras que el castellano ha innovado aisladamente. Sólo en el caso de *valir* observamos una discrepancia de la solución preferida por los demás romances. El habla de Teberga coincide con los demás bables en el uso de *tusir*, pero ofrece varios casos del fenómeno contrarios, es decir, clasificación con la segunda conjugación: *esparzer*, *bater*, *ferber*, *morrer* y *abater* (García Arias 1974:105). De estos últimos verbos, *ferver* y *morrer* han sido escogidos por la Academia Asturiana (1989:54, 71) para representar la norma. El cabraniego también tiene *rier* (Canellada 1944:39).

En el presente de indicativo un rasgo llamativo de las desinencias es la persistencia en la segunda persona de plural de una *-d-*. A diferencia del francés, que eliminó las oclusivas sordas dentales y velares del latín y convirtió las labiales en fricativas, los dialectos hispanorromanos las han conservado bastante fielmente. Sin embargo, la dental bajo ciertas condiciones se ha ido perdiendo desde la Edad Media. En el castellano general, se perdió la *-d-* derivada de *-t-* latina en las formas verbales del presente ya en el transcurso del siglo XIV. Para finales del siglo XV Nebrija presentaba paradigmas en que no aparecía la *-d-* en el presente, tanto indicativo como subjuntivo, es decir, donde el acento era llano. En cambio, se conservó hasta finales del Siglo de Oro la *-d-* de las formas esdrújulas.

Aunque la ortografía actual conserva la *-d-* de los participios débiles, ese sonido comenzó a elidirse ya en el siglo XVIII. En la actualidad se conserva hasta en los estilos informales en ciertos dialectos andinos de América, pero en la norma culta general sólo se oye en los estilos más elevados y se considera una ultracorrección en el estilo conversacional. En tiempos más reciente, la *-d-* secundaria ha comenzado a desaparecer en ciertas formas no verbales, como *ná*, *tó*, etc.

Ahora, lo sorprendente es que, aunque el bable parece haber eliminado uniformemente la *-d-* de los participios pasados, ciertos dialectos de la zona occidental han conservado la dental de las segundas personas de plural, no sólo en las formas esdrújulas, sino hata en las formas llanas del presente. Rodríguez Castellano (1954:221) aduce paradigmas para las tres conjugaciones regulares que exhiben alternación entre formas con y sin *-d-*: *falades*, junto a *faláis*; *xuncéis*, al lado de *xuncedes*; *pididis*, con *pidís*. No localiza las variantes conservadoras, pero al hablar del verbo *ser* (223), especifica que donde los demás dialectos tienen *sois*, las hablas de Busmente, Santa Eulalia, Somiedo y Viñaverde emplean *sodis*. Este rasgo arcaico del hispanorromance occidental no tiene paralelo en todo el resto del territorio hispánico.

Las demás formas del presente de *ser* plantean una serie de problemas. La primera persona de singular aparece en una variedad de formas, ninguna de las cuales representa una continuación ininterrumpida del étimo latino. De haber evolucionado la forma latina *sum* según las leyes fonológicas, habría debido producir tanto en bable como en castellano la forma *son*. Entre las lenguas románicas literarias el italiano y el rumano toleran una homonimia entre la primera persona de singular y la tercera del plural: el italiano con *sono*, y el rumano con *sint*. Pero parece que las lenguas ibero-románicas son muy reacias a este tipo de ambigüedad. En la Edad Media el castellano empleaba *só*, modelado sobre *estó*, *dó* y *vó*. El portugués había uniformado los mismos cuatro verbos, pero sobre el modelo del último, que en portugués conservaba su diptongo:

*vou*. Hacia finales de la Edad Media esos cuatro verbos adquirieron en castellano una semivocal de debatido origen: *soy, estoy, doy, voy*. Ahora, en asturiano aparecen las tres variantes. En el oeste se encuentra mucho *sou*; en los demás dialectos hay contienda entre *so* y *soi*. Inclusive he leído que en el dialecto leonés de La Ribera del Duero se conserva una forma del verbo latino SEDE-RE, o sea *seo*; y hace medio siglo había gente en el Alto Ayer que decía *sé*.

La segunda y la tercera personas de singular también presentan un problema de homonimia. El castellano resolvió el problema sustituyendo la forma etimológicamente correcta de la segunda persona por *eres*, mientras que el portugués, contra sus leyes fonológicas, dejó caer la *-s* de la tercera persona. El asturiano en este caso ha preferido la solución portuguesa. Pero como todavía hay bastante vacilación en cuanto a los resultados de la llamada diptongación espontánea en bable, existen variantes en *ye, ya, y* hasta en *ía*.

Resta una última forma interesante del paradigma de *ser*. Al lado de la forma esperada *somos* o *somus* se encuentra a menudo *semos*. Varios investigadores han relacionado *semos* con una variante latina SIMUS atestiguada desde principios del Imperio. Suetonio (*De vita Caesarum*, II, 87) nos informa que el mismo Emperador Augusto decía *simus*, en vez de *sumus*. Y el gramático Mario Victorino (Keil 1874:9) declara «Messala, Brutus, Agrippa pro sumus simus scripserunt». Parece, sin embargo, bastante más probable que el *semos* del bable represente no una continuación de una peculiaridad de pronunciación de ciertos romanos,<sup>1</sup> sino más bien el resultado normal de la primera persona de plural del verbo SEDERE. Sea como sea, la misma forma existe también en muchas variedades rústicas del español de América. Pueden haber actuado múltiples causas para allanar una irregularidad única en la conjugación: un solo verbo en *-omos* frente a todos aquellos en *-amos, -emos, -imos*.

En el griego antiguo se podía formar un verbo sobre una raíz nominal por medio de un sufijo en forma de una vocal alta anterior seguida de las desinencias verbales. Cuando esa vocal, convertida

en semiconsonante, seguía a una oclusiva velar o dental, asibilaba la consonante y se absorbía en ella, algo muy semejante a lo que en la gramática histórica castellana llamamos la primera yod. Casi cualquier vocal o diptongo podía preceder a la consonante afectada, pero el hecho es que *-i-* predominaba. En segundo lugar iba *-a-*. Es decir, se acuñaron muchísimos verbos en *-izo* y *-azo*, además de otros muchos con otras vocales y diptongos. Con el tiempo los hablantes comenzaron a interpretar ese segmento no como parte del tema verbal sino como parte de la desinencia. Así adquirió una vida productiva independiente.

El latín preliterario no poseía un fonema sibilante sonoro. Por consiguiente los primeros verbos griegos en *-izo* que pasaron al latín fueron adaptados con una *-ss*. Con el tiempo los romanos más cultos aprendieron a pronunciar un sonido semejante a la zeta griega, y el latín entonces formó muchos verbos in *-IZARE*. Sin embargo, la zeta todavía resultaba difícil para mucha gente. Como la *-D-* latina delante de yod había adquirido una pronunciación semejante a la *-Z-*, muchos verbos entraron al latín con la terminación *-IDIARE*. Las lenguas romances reflejan esa doble transmisión del extranjerismo con dos juegos de préstamos. El italiano tiene unos verbos en *-izzare* y otros en *-eggiare*; el francés ofrece *-iser* al lado de *-oyer*.

Este sufijo se ha comportado de una manera análoga al llamado sufijo «incoativo» en *-SK-*. Es decir, ha sido tan productivo y se ha integrado en el sistema verbal hasta tal punto que en algunos dialectos románicos ha pasado de ser un sufijo puramente derivacional a constituir un elemento inflexional. El sufijo en *-SK-* ya forma parte integral de las desinencias de una gran subclase de verbos de la antigua 4ª conjugación en rumano, italiano, retorrománico, francés y occitano. Pero en la Península Ibérica sólo el catalán ha dado ese paso. Las demás lenguas peninsulares siguen restringiéndolo a su función derivacional, aunque hay algunos indicios de que el castellano del siglo XIII experimentó con atribuirle un valor inflexional sólo para rechazar la idea. Es decir, durante un breve lapso deben haber existido algunos verbos que empleaban el sufijo sólo en determinadas formas del paradigma. El infinitivo que

correspondía a esp. ant. *amanesçe* era *amanir*. La persistencia en el español actual del sustantivo *guarida* atestigua el vigor de *guarir* frente a *guarecer*.

Ahora bien, el sufijo grecolatino en *-IZ-* ha adquirido un valor inflexional en rumano y en ciertos dialectos italianos. En rumano la gran mayoría de los verbos de la primera conjugación, y los neologismos casi sin excepción, se conjugan utilizando el sufijo sólo en determinadas formas. Por ejemplo, el verbo *a lucra*, cognado con el verbo castellano *lograr*, pero con el sentido de ‘trabajar’, se conjuga así en el presente de indicativo: *lucrez, lucrezi, lucrează, lucrăm, lucrați, lucrează*. El sufijo vuelve a aparecer en las mismas cuatro personas del presente de subjuntivo, pero no figura para nada en el resto del paradigma. El rumano ha mantenido una forma del sufijo muy fiel al antecedente griego, pero a juzgar por el desgaste fonético del segmento en los dialectos italianos donde se da, tuvo allí su forma más adaptada a la fonología del latín arcaico.

Tanto en asturiano como en castellano observamos una doble transmisión, una que podríamos llamar semierudita (en *-izar*) y otra de carácter más popular (en *-ear*). Ambos sufijos han alcanzado con el tiempo una productividad avasalladora en los romances. Los verbos creados con la forma popular del sufijo, junto con otros verbos en *-ear* de difersas procedencias, han experimentado alguna confluencia con los verbos en *-iar* (Neira Martínez 1973, 1976; García Arias 1974:105; Díaz González 1986:56-57).

Evidentemente la categoría gramatical del aspecto verbal desempeñaba una función importantísima en indoeuropeo. Se distinguía nítidamente entre acciones puntuales o perfectivas de una parte y acciones durativas, imperfectas o continuas de otra. Se ha conservado ese contraste muy extensamente en eslavo y en griego. En griego moderno, por ejemplo, los verbos tienen dos temas de presente. Generalmente guardan alguna semejanza entre sí, y el tema perfectivo parece haberse derivado del tema imperfectivo por medio de algún proceso de alteración consonántica, pero a veces los dos temas tienen raíces completamente diferentes. Ejemplo de lo primero sería el verbo ‘escribir’, cuyo tema imperfectivo

es *graph-*, mientras que el tema perfectivo es *graps-*. Para expresar la idea contenida en la expresión ‘Quiero escribir’, en el sentido de ‘Quiero ser escritor’ se dice ‘thelo na grapho’, pero ‘Quiero escribir una carta’ es ‘thelo na grapso ena grammá’. El verbo ‘comer’ es del tipo que tiene dos raíces. ‘Quiero comer aquí’ tiene dos traducciones según si es una vez, ‘thelo na fao edo’, o habitualmente, ‘thelo na troo edo’.

Ahora bien, el latín mantenía una distinción entre dos sistemas, pero estableció más correlación entre el aspecto y el tiempo. El presente, el imperfecto y el futuro se formaban sobre el antiguo tema imperfectivo: *DĪCO, DĪCĒBAM, DĪCAM*, mientras que el perfecto, el pluscuamperfecto y el antefuturo se formaban sobre el tema perfectivo: *DĪXĪ, DĪXERAM, DĪXERŌ*, etc.

El pluscuamperfecto en latín se usaba para expresar que la acción verbal se había completado antes de un punto de referencia en el pasado y cuyos efectos perduraban todavía en ese momento. Pero el perfecto latino no relacionaba necesariamente la perfección de la acción verbal indicada en el presente. Sin embargo, existía ya en el latín republicano una perífrasis verbal para indicar que esa actividad persistía y tenía particular relevancia para el momento del enunciado. Inicialmente esta posibilidad se explotaba sobre todo con verbos en el ámbito semántico de actividades mentales. Se decía, por ejemplo, *COGNITUM, EXPLORĀTUM, CONSTITŪTUM, DELIBERĀTUM HABEŌ* en vez de *COGNŌVĪ, EXPLORĀVĪ, CONSTITUĪ, DELIBERĀVĪ*, pero con el contraste aspectual aludido. El mismo tipo de perífrasis era posible cuando se trataba de un complemento directo que podía construirse con el verbo *HABEŌ*, u otros auxiliares como *TENEŌ*, y con un participio perfectivo. César, por ejemplo, podía escribir: *Idem facit Caesar, equitatumque omnem, ad numerum quattuor milium, quem ex omni provincia et Aeduis atque eorum sociis coactum habebat, praemittit, qui videant quas in partes hostes iter faciant.* (*Bell. Gall.*, 1, 15, 1). En el latín tardío se incrementó notablemente la frecuencia de tales circunlocuciones. Urbat (1890:50-52) cita varios ejemplos extraídos de la *Historia francorum* de Gregorio de Tours.

La mayoría de los romances, como el castellano, convirtieron el perfecto en simple aoristo, pero conservando intacto el contraste entre un imperfectivo: *cantaba* y un perfectivo: *canté*, y ampliaron el empleo de los nuevos perfectivos analíticos: port. *tenho cantado*, esp. *he cantado*, fr. *j'ai chanté*, it. *ho cantato*, rum. *am cântat*. En iberorromance estos nuevos perfectos han conservado la referencia implícita al momento del habla, pero en el francés, el italiano y el rumano, se han convertido en meros aoristos, repitiendo el ciclo. Inclusive, en francés y en el rumano estándar, el perfecto simple existe sólo como una forma literaria fosilizada.

Los bablehablantes, por el contrario, parecen no haber sentido tan hondamente la necesidad de inventar nuevos paradigmas analíticos. *Cantóu* puede significar tanto 'cantó' como 'ha cantado'; mientras que *cantara* sigue con su antiguo valor latino de pluscuamperfecto. Claro, la forma correspondiente puede desempeñar la misma función en castellano, pero tiene un fuerte resabio de pedantería y sólo se usa en los estilos más artificiosos. Una innovación excepcional consiste en un desarrollo peculiar de la perífrasis *hubiere* + «participio pasado» (Martínez Alvarez, 1973).

Los pretéritos ofrecen varios detalles de interés, sobre todo si los consideramos desde un punto de vista comparativo. La primera persona de singular de los perfectos latinos acababan en una -I-. Los verbos que ampliaban la raíz agregándole una vocal característica de la clase conjugacional para formar el tema del perfecto exhibían lo que llamamos perfectos débiles, es decir, acentuaban siempre la desinencia, y no la raíz. Para la primera conjugación el iberorrománico (y aquí no incluyo el catalán), al parecer trató la primera y la tercera personas de maneras diferentes. En la primera persona CANTĀVĪ, sincopó la semiconsonante -u- para producir o *cantéi* o *canté*, mientras que en CANTĀVIT, elidió la -I-, llegando a *cantóu* o *cantó*. En castellano se han fusionado la segunda y la tercera conjugaciones débiles en el pretérito. *Comer* se conjuga de la misma manera que *vivir*. Pero algunos bables de la zona central mantienen un contraste semejante al que se observa en portugués. Donde el portugués tiene *rompeu*, *dormiu*, el bable del Cabu Peñes, según el testimonio de Carmen Díaz Castañón

(1966:212), ofrece *rompeu*, *dormiú*. El habla de Llena y otros bables de la zona central meridional, en cambio, han fundido ambas desinencias, eliminando la semiconsonante: *comú*, *morriú*, *golví*, *oyú* (Neira Martínez 1955:59).

El plural del definido en muchos bables tiene o como únicas formas o como variantes, formas con semiconsonante semejantes a las que prevalecían en el castellano alfonsí: *escribemos*, *escribies-tes*, *escribieron*. A lo mejor esto representa una extensión analógica de la semiconsonante de la tercera persona de singular, innovación que arraigó en muchos bables pero que había desaparecido ya en el castellano clásico.

Últimamente me he interesado por un fenómeno que se nota bastante en el aragonés. Las normas ya del latín clásico permitían elidir la *u* de los perfectos, de manera que se escribía lo mismo DORMIT que DORMIVIT. Inclusive hay quienes afirman que la forma corta no es una abreviatura de la larga, sino la forma original que fue desplazada por la forma -U- en el sur de Italia y en la Península Ibérica (Bonfante 1941). El hecho es que la tercera persona de singular en rumano, italiano estándar, francés y catalán termina en -í.

Ahora, en el *Liber Regum*, texto altoaragonés de principios del siglo XIII, esa forma es en -ié: *él murié*, *él vencié*, *él nacié*, *él bebié*, etc. Formas análogas fueron recogidas por Alwin Kuhn en los años treinta y por Manuel Alvar y otros en los años cuarenta y cincuenta. Era un rasgo en vías de desaparición, y no sé si todavía se puede oír en boca de algún habitante del Campo de Jaca.

He buscado, hasta ahora en vano, alguna mención de formas paralelas en bable. En la monografía de Ángel Fernández González (1959) sobre el habla de Oseya de Sayambre, que es esencialmente un bable, a pesar de estar situada en la provincia de León, hay una alusión fugitiva a definidos en -í para la conjugación en -er (se cita *espardí* como variante que compite con *espardiú*: Fernández González 1959:63), pero luego unos párrafos después (p. 64) el autor afirma que dicha forma en la tercera conjugación termina invariablemente en -iú. Acaso se trata de algún error de cajista. Semejante contradicción aparece en los paradigmas aducidos por

Neira Martínez (1955:59), con las formas *dormí* y *comí* para la tercera persona, seguidas por la observación de que la nota más característica del dialecto es la reducción *-ió > -ú*.

Los pretéritos fuertes en bable se comportan más como el portugués que como el castellano en cuanto a la generalización de vocales cerradas por metafonía. Es decir, la tercera persona de singular a menudo mantiene la vocal no metafonética, estableciendo así un contraste entre el vocalismo de la primera y la tercera persona: *fiše* vs. *fešo*, *punše* vs. *ponšo*; *fui* vs. *foi* (Neira Martínez 1955:60-61). Algunos dialectos son menos consecuentes que el habla de Llena en este respecto: Bimenes exhibe una alternancia entre *punšo* y *ponšo* y ofrece *júe* como forma única. Sin embargo, concuerda con Llena en presentar un paradigma interesantísimo para el verbo *traer* (García Álvarez 1960:421). En la tercera persona tiene *trešo*, con metafonía simple inducida por la vocalización de la velar en el grupo -KS-, pero en la primera persona *triše* la vocal radical manifiesta el efecto de una segunda metafonía condicionada por la -Ī. A diferencia de Bimenes y Llena, el Cabu Peñes ha nivelado el paradigma, usando o *trišo* o *trušo* (Díaz Castañón 1966:213).

De este somero examen de algunos de los fenómenos más llamativos de la conjugación bable podemos concluir que en general los dialectos asturianos manifiestan un notable conservadurismo, como era de esperar en una zona que ha mantenido una tradición lingüística durante un período multiseccular sin grandes dislocaciones demográficas. Sin embargo, hay ciertas innovaciones peculiares de la región que atestiguan su poder creativo en la expresión lingüística.

## REFERENCIAS

- Academia de la Llingua Asturiana. *Conxugación de verbos asturianos*. Uviéu: ALLA.
- Bonfante, Giuliano. 1941. The Latin and Romance Weak Perfect. *Lg.* 17:201-211.
- Canellada, María Josefa. 1944. *El bable de Cabranes* (= RFE, Anejo 31). Madrid: CSIC.
- Díaz Castañón, Carmen. 1966. *El bable de «El Cabo Peñas»*. Uviéu: Instituto de Estudios Asturianos.
- Díaz González, Olga Josefina. 1986. *El habla de Candamo*. Uviéu: Universidad de Uviéu.
- Fernández González, Ángel R. 1959. *El habla y la cultura popular de Oseja de Sajambre*. Uviéu: Instituto de Estudios Asturianos.
- García Álvarez, M<sup>a</sup> T. Cristina. 1960. Morfología verbal en el bable de Bimenes. *AO* 10:405-24.
- García Arias, José Luis. 1974. *El habla de Teberga: sincronía y diacronía* (= AO, 24). Uviéu: Universidad de Uviéu.
- Keil, Heinrich. 1874. *Grammatici latini*. Tomo 6. Leipzig: Teubner.
- Martínez Álvarez, Josefina. 1973. Las formas compuestas en el verbo del bable central. *AO* 23:299-317.
- Neira Martínez, Jesús. 1955. *El habla de Lena*. Uviéu: Instituto de Estudios Asturianos.
- Neira Martínez, Jesús. 1973. Las alternancias acentuales de los verbos en *-iar*. *AO* 23:135-47.
- Neira Martínez, Jesús. 1976. Esquemas acentuales e interferencias entre los verbos en *-ear* y los en *-iar*. *AO* 26:169-192. Reimp. en Neira Martínez 1982:139-161.
- Rodríguez-Castellano, Lorenzo. 1954. *Aspectos del bable occidental*. Uviéu: Instituto de Estudios Asturianos.
- Urbatt, Otto August Richard. 1890. *Beiträge zu einer Darstellung der romanischen Elemente im Latein der Historia Francorum des Gregor v. Tours*. Königsberg i. P.: Schenk y Schadlofsky.